

deros bandidos que gradualmente fueron desapareciendo por la acción persecutoria de los jefes de partidas reconocidos por la Central y por los ejércitos regulares españoles. Entre los guerrilleros hubo militares como Lacy, Renovales, Llauder, Villacampa y Sarsfield; sacerdotes fueron Merino y Tapia; médicos como Palarca y Martínez San Martín; mozos de labranza, tales Mina y el Empecinado; nobles eran Porlier el Marquesito, el barón de Eroles y el conde de Montijo; terratenientes como, D. Julián Sánchez el Charro, y otros que con su apodo indicaban su profesión, origen y clase: el Chaleco, Francisquete, Caracol, Calzones, Dos Pelos, el Fraile, el Cocinero, el Viejo de Seseña, Zamarrilla, el Molinero, el Pinto, el Mantequero, el Bolsero, Camisilla, el Capuchino, el Pastor, etc.

Este movimiento espontáneo de la creación de guerrillas que incitó y exaltó el ardor popular, produjo la resistencia primero y después la victoria contra el ejército napoleónico. Fracasados los generales y el obligado y acostumbrado enfrentamiento de ejército contra ejército, al desaparecer el nuestro, roto en mil pedazos por la superioridad numérica y sobre todo técnica del ejército francés, fueron en gran número los soldados que tras los desastres se desbandaron y volvieron sus pasos hacia la querencia vernácula, lo cual hacía difícil la reorganización de los ejércitos vencidos. Ante el fracaso militar vino la constitución de las partidas, que no sólo impidieron el afianzamiento que de otra forma hubieran logrado los ejércitos napoléonicos en España, sino que también evitaron la probable estabilidad de la dinastía bonapartista en la península.

No hubo, en general, unión entre los guerrilleros, sino hasta última hora y por ello, según frase galdosiana, la guerra de la Independencia española fué la gran academia del desorden. Los guerrilleros no eran perfectos y menos estaban capacitados, excepto unos pocos, para dirigir operaciones militares de alguna importancia. Junto al honrado labrador que atacaba desde cualquier vereda al correo imperial o del ciudadano echado al campo que dispersaba tras breve, enérgico y audaz ataque a un convoy de abastecimientos, estaba el que acudía tan sólo por el afán de pillaje o el caudillo sediento de gloria que buscando la fama no reflexionaba sobre la ventaja de esperar un momento más favorable o sobre la conveniencia de una acción conjunta. Hombres convertidos en héroes que, transplantados de la quietud al riesgo diario, no se contentarían con volver al estado prebélico de 1808 y serían los iniciadores de los posteriores alzamientos que tan fecundamente se repetirían en el siglo XIX.

